

# LA MUERTE DEL AVARIENTO,

Y GUZMAN DE JUAN DE DIOS,

POR DON ANDRES DEL CASTILLO;

NATURAL DE LA VILLA DE BRIBUEGA, EN EL ARZOBISPADO DE TOLEDO.

De varios sucesos que llegaron á mi noticia en el tiempo que asistí en la ciudad de Sevilla, que seria poco mas de dos años, por ser casi todos asimilados á escritas y noveladas tragedias, no me determiné á poner en este libro mas que los acaecidos con Valeriano, extranjero de nacion, avariento de generosidad, si rico de dinero y caudal que lo valia. El cual era tan corto, mísero y poco gastador, que para encarecer su mezquindad me bastará decir que en la harto tasada olla que para su no excusado sustento mandaba cada día hacer á una gruñidora vieja que por ama tenia, quien se ajustaba á sus miserables acciones, metia un muy pequeño pedazo de tocino enhebrado en un hilo por el espacio de media hora, y cuando le parecia que ya habia tomado el caldo algun gusto de él, lo hacia sacar y guardar para que al otro día sirviese de lo mismo, y de esta suerte hasta que de puro cocido al tirar de la cuerda se deshacia y quedaba dentro, que era la señal de no poder servir en otra olla. Y supuesto lo dicho, se conocerá cuán abatido traia su regalo, siendo idólatra de su copiosa hacienda, para cuyo destrozo le dió la fortuna un espurio hijo, habido en una mujer casada, que ausente su marido en los reinos del Perú, siendo él mancebo, lo habia tenido en ella; y por quitarlo de ajena servidumbre, para hacerlo á sus mañas traídolo á su casa, adonde le crió en vez de sobrino.

Llamábase Fernando de Guzman, al cual hizo doctrinar en su niñez por la virtuosa enseñanza de los padres de la Compañía.

Creció Fernando, dejando los estudios, como dicen, á media tijera; y aunque el caduco logrero le habia impuesto, por gastar menos, en traer medias de lana, vestidos de mala jerguilla, diciéndole que mas valia subir poco á poco á la estimacion y á fijarse en ella que no de golpe, y faltando el caudal caer luego: como echaba de ver á lo que tiraba, que era á lo ahorrativo, que ya se lo entendia todo, con lindo arte, haciendo con unos y otros sus conocidos mil mohatras, vendiéndoles

muchas piezas de telas holandas y otras cosas que he-  
cho un sutil Caco hurtaba del almacén, dándolas á me-  
nos precio para adornarse de lucidas galas que se ponía,  
y ostentar con lascivas mujeres y amigos de su edad  
espléndidos banquetes que cada día ordenaban, con que  
al ordinario y corto de casa no procuraba enmienda.  
Y luego que con la edad fué entrando mas en el conoci-  
miento de la miseria y avaricia del viejo, solo á fin de in-  
vestigarle y darle ahogado mate, fingiendo con él gran-  
dísima humildad, y diciéndole que la que conocia por  
madre le acariciaba y daba para lucirse de aquel modo,  
por solo afrentarlo convidaba á comer cada día á unos y  
otros sus paniaguados, á quien daba cuenta de su fic-  
cion, que llevados á casa, lo sentia su tío en el alma, por  
haber de ocasionarse añadir siquiera un ochavo de rá-  
banos para postres, de que nunca era mayor pínata. Y  
entre varios que en diferentes veces llevó á lo dicho fué  
un gracioso jóven muy recíproco suyo, á quien llama-  
ban don Tomás Bravo, y por otro nombre Metegorras,  
al cual instruyó en que le dijese á la avarienta senectud  
en el discurso de la conversacion algunas razones que  
le obligasen á borrar de sí aquel corto estilo que en tra-  
tarse y alimentarse tenia. Y apenas hubo llegado el  
bueno del convidado á su presencia y saludádole,  
cuando trayendo por los cabellos el caso melosamente,  
y acariciando al extranjero con lisonjeras palabras, le  
aduló de modo, que le obligó á enviar con la anciana co-  
cinera por un cuarto de aceitunas, que fué como sacar  
fuego del mar, y á decirle que le pesaba mucho de no  
estar tan prevenido como era necesario para tal perso-  
na. A que le respondió el bien advertido y fisgador con-  
gregado que no eran necesarios con él ningunos cum-  
plimientos, pues por la amistad de su sobrino era tan  
de casa, que con un buen asado y unos sazonados pas-  
teles, un jigotillo, un poco de estofado de ternera, una  
cazuela de buenas aves, unas albondiguillas y la cum-  
plida olla, con dos ó tres tortas de dulces y sazonados  
postres y buen vino que tendria, no era necesario

otra cosa. Que oyendo Valeriano tal letanía de guisados, asustado como si desembolsara su valor, le replicó que no variaba su gusto en tantas diferencias de comida por no criar diferente humor en el cuerpo que le estimulase la salud; y que así, no tenía mas que la acostumbrada olla, la cual sacaron y comieron, dejándole hacer pocas bazas al desdentado viejo, bebiéndose el vino con mas prisa que era necesario, hallándose Valeriano sin refrigerio para su atragantado gaznate, que rematando en las aceitunas sevillanas, por darse prisa á hacer otra entrada en ellas, se quedó con una mal machacada de sus encías atravesada en la garganta, que le obligaba á hacer acciones de parasismos, con que dieron fin al convite.

De esta suerte se burlaba el bellacon de Fernando de su guardoso padre, mas no por eso mudaba de paso en nada, á quien cogiéndole todas las llaves de bauls y arcas, puertas y escritorios, que juntas traía, una tarde mientras dormía la siesta, que por descuido se las habia dejado sobre un bufete, y Elena, que así se llamaba el ama, no las alcanzó á ver, en un papel blanco, con pluma y tinta, á solas en su aposento, señaló el modo de las importantes, volviéndolas despues al lugar donde las habia hallado; y dando la escrita similitud á un cerrajero conocido suyo, le hizo otras que ajustaban famosamente á las seguras cerraduras, y de noche, con poco temor de su conciencia y menos rumor, haciéndose dueño de las encerradas bolsas de doblones, les daba crueles golpes y impiadosos socabones; y tanto, que echando menos un día el tío en una grande arca de bolsas de reales de á ocho una de ellas, y no la que menos tenia, perdiendo el juicio por la falta de ella, deseoso de saber quién era el violentador de aquella urna que idolatraba, y cargándola á su inquieto hijo, que bien quería, por no indicarle y alborotarle sin saber con certidumbre la verdad.

Una noche antes que el jóven se recogiese á dormir, le dijo á su ama que tomase aquella llave que le daba, que era de la ya dicha arca, y luego que él se metiese en ella, que por ser capaz muy bien cabia con los alijos que Fernando le habia dado, y si su sobrino, venido que fué preguntase por él, respondiese que se habia acostado indispuerto y que reposaba. Hizose como lo ordenó, y tendiéndose el bárbaro codicioso sobre los talegos que habia, á riesgo de ahogarse con el calor de su misma respiracion, en que no reparó su mal talento, llegó el inquieto mozo á casa con pérdida de quinientos escudos que habia jugado sobre su palabra, que como en otras ocasiones la habia cumplido tan bien á costa de los presos pátacones, hijos de la avaricia, no faltó quien jugase á su crédito, y preguntando por su señor, le fué dada por la vieja la ya advertida respuesta, con que se halló muy contento por considerar tendria mucho mejor lugar y ocasion de poder ejecutar el lance que descaba. Elcual, despues que fué media noche, no quiso hacer en la arca de la plata, por ser demasiado el peso de la cantidad de que necesitaba, sino en un cofre que estaba junto á ella con muy gruesa partida de

doblones. Pues como el encerrado viejo oyó junto á él el ruido, conociendo el robo que se le hacia, estaba indeterminable si daría voces, ó sagazmente se estaria quedo por no dar á entender á Fernando su mañoso desvelo; pero pudo tanto con él su sentimiento y el demasiado dolor de su cosquilloso corazon, que con alta y fingida voz, pensando con ella asustarlo y darle temor con que dejase la presa, dijo desde su encierro y prision: No abras ese cofre, que importa á tu vida, ven á esta arca que tambien hay aquí doblones. Y aunque mudó el eco, sin embargo le conoció el sobreseguro agresor, y concibiendo de presto en el pensamiento quién estaba dentro del vecino y maderal nicho de acunado metal, con astuta cautela le respondió: A mí me da la vida el licor que aquí está encerrado, y el oro que ahí tiene guárdele usted, señor fantasma, para mañana en la noche, que á cada puerco le llega su san Martín, y para ahora de aquí llevaré lo que hubiere menester. Y tomando el dinero que sacó, que antes fué mas cantidad que menos de la que debía, á toda prisa se fué á su aposento, y por lo que suceder podia, lo escondió, oyendo que así como él se partió de la sala y sitio del hurto dió voces el caduco á la prevenida criada, la cual fué de presto con luz, y abriéndole, salió de la pecuniaria tumba medio ahogado dando tremendos suspiros, aunque no publicaba de qué. Desde entonces, por haber conocido el ladron de casa, mudó su dinero secretamente á diferentes partes, sin acelerar el ánimo del juvenil despejo que miraba ni darle á entender que sospechaba nada de él, si bien lastimado su avariento corazon, quitándole la ocasion de que habia gozado de delante de los ojos y de las afiladas uñas, le procuraba halagosamente reducir á que se inclinase al trato y contrato en que él habia adquirido aquella suma de ducados que tenia, considerando que hacia en una dos cosas, que eran sacarle de los vicios de la ociosidad, que no son pequeños, haciéndole dueño de caudal ganado por su mano, le estorbaria el atreverse á arrojarle, por verse falto de él, á hacerle otros arañales robos como los pasados.

Y habiendo llevado Fernando los doblones á quien los debía, oida la proposicion de su tío, la aceptó simulada y fingidamente, diciéndole que él no habia de poner tienda pública, sino en algun conveniente y ganancioso empleo, como hombre de lonja, procurar el acrecentamiento que pudiese á lo que se le entregase. Con que juntos el codicioso y el tramposo le dió liberalmente, cual nunca habia andado, dos mil ducados de plata, con los cuales le dijo comenzase á obrar, y que siendo de mas cantidad la compra que hiciese, necesitando de dinero para ella, se lo daría y supliria, diciéndole no le entregaba mas por no verle ejercitado en aquel modo de vivir á que se conducia. Tomólos y llevólos á un aposento del cuarto bajo de la casa que se le diputó como hombre de negocios, bastantemente aseado, desde donde en lugar de llevarlos al multiplico, los fué gastando en sus ordinarios desvelos, juegos y entretenimientos, con que en espacio de dos meses quedó el

nuevo mercader tan limpio de dineros como un calvo está de pelo; y descubriéndole la flaqueza el celador Valeriano, se disgustó con él con tanto sentimiento de su malbaratada plata, que riñendo desabridamente los dos, se salió Fernando de su compañía, que trocó por la de Metegorras, su amigo. Ya dije que el día que su tío olvidó las llaves, tomando la señal de ellas en papel, hizo otras para usar sus afarrachados lances, entre las cuales falseó las de las puertas, así de la calle como de algunos aposentos. Usaba de ordinario el lacerado viejo hacer que durmiese junto á sí, á un lado de su cama, la arrugada guisadora, porque como no tenia mas compañía que á ella, le acudiese á servir en lo que menester hubiese, y porque muy continuo le daban unos recios dolores de ijada, á cuya cura le acudia con el socorro necesario; y como su distraido hijo no ignoraba esto, viéndose fuera de la gracia de su padre, y que habia mas de tres meses que no le comunicaba ni poseía un real de que valerse para la continuacion de las mocedades de que usaba, por haber perdido su crédito con haberle visto descompadrado de él, trazó hablando á un grande amigo suyo, alguacil de los veinte de aquella ciudad, hacerle por su medio una burla de las que usaba, con que arrancarle algun pedazo del ahuchado dinero para los dos. Y así, una noche, estando atento detrás de la casa en la parte donde caía el aposento en que dormia el cuitado Valeriano, le oyó que se quejaba de su achaque ordinario; y hallando ocasion de dar asiento á su guzmanada, llamando á toda prisa al diligente ejecutor, abriéndole las puertas con sus llaves falsas, y quedándose él en el zaguan, subieron dos corchetes con el que los ministraba, y viendo desde la primera sala la vela encendida, aunque ellos la llevaban en una secreta linternilla, caminando hácia donde estaba, entraron hasta la cama del anciano dolorido, á quien hallaron que el esqueleto y talega de huesos, criada suya, estaba casi encima de él aplicándole unos paños calientes y perfumados sobre la parte donde mas el mal de que se quejaba le afligia; y dando asustadamente con ellos, le dijo el instruido alguacil que qué modo era aquel de vivir dos viejazos que estaban cada día esperando la mortaja, á que mas cercanos los veía por sus años, si en todos no excusada; que se vistiesen, y ambos con él se fuesen á la cárcel, que tal orden tenia muchos días habia, y de presente la traía de uno de los alcaldes del crimen de aquella audiencia, quien tenia noticia de aquel antiguo amancebamiento en que él los habia cogido besándose sin estorbo de los dientes, que ninguno los tenia, injuriándolos con otras razones oprobiosas.

Quedó espantado y sin sentido el conchudo barbado oyendo tales razones; y viendo aquella cavilosa gente junto á sí, habiendo dejado cerradas todas las puertas y ventanas de su casa, y con mayor admiracion cuando se vió lleno de dolores é imputado de lo que por no gastar medio real, cuando sus fuerzas no estuvieran tan flacas, habia mucho tiempo que no usaba, y dando gritos, tanto de sus dolores como de coraje, sin saber quién fuese el artifice de aquel desasosiego, le dijo al ministro se fue-

sen con Dios y le dejase con sus trabajos, pues cuando no fuera falso el delito de que le hacia cargo, siendo su edad y la de su criada no convenientes á intentar tales cosas, sus grandes y continuas lacras se lo impedian, quien habia dado causa á haber hallado á Elena tan cerea de él, á quien culpaba de que se habria dejado por descuido abierta la puerta principal y las demás, diciéndole debia de estar borracha, pues veia delante de sí á los que por ella habian entrado. Pero el mañoso alguacil, como iba bien industriado de Fernando, quien sabia le escuchaba, le apretó en que se vistiese, y no replicase mas, que por excusarlo, mascando acibar entre sus despobladas encías, le ofrecia el tal doliente un par de reales, y le parecia se alargaba mucho; pero riéndose de la oferta los presentes, haciendo burla de él, porfiaron en que se levantase. Hizolo así Valeriano, entrapado como estaba, y mandando á Elena tomar su manto, los bajaron ambos despues de haber cerrado todas las puertas, y dejándole á él las llaves para que no les acusase algun robo, á llevarlos adonde tenian concertado los de la ficcion. Y aunque uno de los corchetes, por hacer mas bien el papel, se llegó por un lado, y al oido, como á excusa de los demás, le dijo al estílico extranjero que por no verse en semejante lance un hombre tan honrado, de su edad y calidad, y en la presencia de un juez, donde le llevaban á padecer, cuando no pena, mucha vergüenza, usase de su generosidad, y no fuese tan corto en darle á su amo lo que justo fuese, que él haria de dejarse en su casa, no le fuó posible, porque estimaba mas un real que toda cuanta reputacion y honra habia en el mundo. Y ya que llegaban á ir fuera de casa, habiendo salido de ella Fernando mediante su astucia, como que acaso por allí pasaba haciéndose muy de nuevas en lo que veia, agregándose á la turba multa, preguntó la causa de aquella que la parecia prision de su padre y criada, que siéndole dada con disimulo por el ministro, cual si no lo supiese, se espantaba, haciéndose mil cruces, diciendo seria mentira, que él, á no ser tan interesado, lo defenderia; pero que pues les oía los habian hallado juntos, y ellos no se disculpaban, le hacia grande fuerza creerlo, mas que aquella vieja hechicera mala hembra no podia hacer menos que ser parte en la afrenta de que los llevaran delante del alcalde, á que se debía atender en una persona de tantas partes, y estando él de por medio mostrándose como afligido y penoso de lo visto; y así, sin mas dilacion, quitándose de debajo de la ropilla unas cuatro vueltas de cadena de oro que pesaba trescientos ducados, se las dió al alguacil, que para hacer aquel fingimiento se las habia prestado, rogándole desistiese de aquella prision, y no dijese que tal habia intentado, pues seria en toda Sevilla tan mal recibida, y de des crédito para su señor, el cual con aquella falsedad podria quedar reputado de hombre liviano, y mas con un monton de tierra sucia como su ama, y que aunque fuera aquella cadena de diamantes, la daba por bien empleada, pues caía en manos de un hombre tan cortés, y quedaria mas agradecido de lo que imaginase.